

(Transcripción no revisada por el autor)

**RAMA FAMILIAR
JORNADA COMUNIDAD MILITANTE
Octubre 1997**

**SACRAMENTOS DEL
MATRIMONIO Y DE LA EUCARISTIA (1)
P. Rafael Fernández**

Primera charla

El tema de esta Jornada está en el contexto del retiro de inicio de año. En esa oportunidad, quisimos mostrar cómo el sacramento del matrimonio es la base de la santidad matrimonial y familiar. Y eso, ahora quisiéramos continuarlo y profundizarlo.

Recordemos que mostramos una visión de matrimonio que trasciende lo natural, lo normal. Dos personas que se aman, que se casan, que se prometen amor por toda la vida, que se entregan con cuerpo y alma el uno al otro y que son fecundos. Esa es la materia del sacramento del matrimonio. Ese sí que involucra a esas dos personas en forma total.

Muchas de las explicaciones y aplicaciones que se hace en la pastoral de la Iglesia se reducen a ver la nobleza de los caminos, también psicológicos, para poder lograr la armonía entre la pareja, la polaridad de las dos maneras de ser, femenina y masculina, cómo llegar a entenderse, a aceptarse plenamente el uno al otro, la paternidad responsable, la educación de los hijos, etc. Son todos temas que sin duda son importantes y necesarias de conocer porque, de alguna manera, son esenciales al matrimonio. Pero todo esto a tiene que ver con el matrimonio todavía en el plano natural.

Sin embargo, cuando hablamos del sacramento del matrimonio, concebimos el matrimonio como un reflejo de una realidad superior. Recordemos que, cuando hablamos de lo que se dice en el capítulo V de la epístola de los Efesios. San Pablo habla de los deberes que tiene el marido respecto a su mujer y de los de la esposa respecto al marido; y enseguida, al recordar el clásico pasaje del Génesis que llama a los esposos a ser una sola carne, dice que esta realidad visible, sensible, en el sacramento del matrimonio, es reflejo de un Gran Misterio. Y este gran Misterio del cual el sacramento del matrimonio es reflejo es Cristo Redentor en comunión con la Iglesia, como un solo principio de redención de los hombres, de la humanidad.

Es decir, en el sacramento del matrimonio, los esposos sobrepasan los límites naturales y esas realidades naturales pasan a ser reflejos de una realidad superior: Cristo redentor que se une a la Iglesia para que sea co-oferente con él y así ambos den el fruto de la redención, conformen el Reino de Dios que es la Iglesia. Vimos también cómo la Iglesia, en ese momento, está representada en María. María es la Iglesia junto a la cruz redentora de Cristo.

Toda la actividad o responsabilidad que ejercen los esposos respecto a su prole, tenemos que verla desde este punto de vista del sacramento. Los esposos no solamente engendran hijos y son responsables de su alimentación, de su desarrollo, de su educación, etc., sino que como matrimonio, están llamados a responsabilizarse de su santificación. Y como matrimonio están llamados a ofrecerse por ellos, para que ellos descubran y realicen el plan que Dios tiene con cada uno de esos hijos.

En esta jornada, queremos dar un paso más. Queremos referir el sacramento del matrimonio a la Eucaristía.

Nos encontramos con que hay una comprensión muy simple de la Eucaristía. Hace pocos días atrás tuve un encuentro con militantes en Curicó y antes de iniciar una explicación les pregunté cómo viven la Eucaristía, qué es para ustedes la Eucaristía; cómo se vive, en general, la Eucaristía, cómo la vive el Pueblo de Dios. Y pudimos ver que la comprensión de la Eucaristía que existe hoy es muy limitada, muy parcial; y hay una gran mayoría que no asisten a la Misa; hay un 10, 15% de los bautizados que participan en la Misa. Y de este porcentaje, los que realmente entienden el misterio de la Eucaristía son muy pocos. Para muchos es cumplir con una obligación; para otros la Misa es un momento en que se está con Dios, se escucha la Palabra de Dios; y puede ser "buena" o no "tan buena" según la prédica o los cantos. Son criterios muy superficiales, muy externos para juzgar la bondad o no bondad de nuestra participación en la Eucaristía. Lo máximo que se pudo constatar fue que participar en la Misa es una ocasión privilegiada para estar con el Señor, para agradecerle, para pedirle, para tener intimidad con él. Y si se hiciera un gráfico de la participación en la misa, hay una curva ascendente en el momento de las lecturas, de la prédica, y después una seguía pareja y luego un pequeño ascenso en el momento de la presentación de las ofrendas, luego una curva ascendente alta en el momento de la comunión. También con la observación que a muchos se les hace larga una participación en silencio después de la comunión. La mayoría de las veces se canta y no se deja momentos para estar tranquilos en una intimidad con el Señor, para una oración, un diálogo más personal con el Señor. Esto no está tan considerado. Después, los fieles se van. Tampoco el momento del envío es algo muy especial. En la mayoría de las parroquias la asamblea se disuelve ya después de la bendición y se produce algo confuso entre los pocos que cantan, los que conversan y los que se están yendo.

Es decir, nuestra participación en la Eucaristía es muy deficiente. De lo esencial de la Eucaristía, casi no hay conocimiento ni conciencia. No hay una conciencia reflexiva y una disposición de alma para vivir un momento cuya esencia es que Cristo renueva su ofrenda como víctima por nuestros pecados y que se ofrece una vez más al Padre para invitarnos a nosotros a incorporarnos en ese sacrificio que él realiza sacramentalmente. El mismo sacrificio que cruentamente él ofreció en la cruz, no solamente se conmemora sino que se revive, se reactualiza sobre el altar.

Ahora trataremos de introducirnos en el núcleo de la celebración Eucarística. Pero lo haremos en la perspectiva del sacramento del matrimonio.

Si el sacramento del matrimonio es el signo sensible de la biunidad salvífica de Cristo y la Iglesia, de Cristo y María, si los matrimonios son el signo de esa unidad de redención, y si la Misa, la Eucaristía, es la renovación del momento cumbre de la redención, entonces significa que hay una concordancia profunda, esencial, entre la Eucaristía y el matrimonio.

Los esposos, como matrimonios, por el sacramento el matrimonio, son una reactualización de la biunidad redentora que conforman Cristo y María. El esposo, imagen de Cristo redentor, esposo y padre, cabeza de la Iglesia, y la esposa, imagen de María, de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo y ambos entregándose al Padre para que surja la Iglesia.

El momento cumbre donde se condensa la redención es en el Gólgota. Y la Eucaristía es la re vivencia de ese momento cumbre, de la biunidad de redención de Cristo y María, de Cristo y la Iglesia. Por lo tanto, entre ambos hay no semejanzas accidentales, analogías simplemente periféricas, sino una concordancia íntima, profunda. Si como esposos penetramos en lo que es la Eucaristía, entenderemos mejor la sacramentalidad del matrimonio. Y si vivimos más profundamente nuestro matrimonio, nuestra unidad sacramental, como matrimonio, estaremos preparados para participar profundamente en la Eucaristía. Esto es lo que quisiéramos lograr. Viviendo el sacramento del matrimonio, los esposos se preparan, se capacitan para comprender y vivir la Misa desde dentro. Y a la vez, tratando de penetrar el sentido de la Liturgia Eucarística, del Sacrificio Eucarístico, tendremos luces que nos ayuden a vivir más plenamente nuestro matrimonio. Hay una doble acción, un refuerzo mutuo de ambas realidades

Todo esto es a un nivel superior, a un nivel sobrenatural. Es decir, para vivir esta realidad, tenemos que remontarnos definitivamente, como lo decimos en la Eucaristía después de la consagración, al misterio de la fe. Tenemos que vernos y vivirnos a la altura de una fe madura, de una fe plena. La Eucaristía es la condensación de todos los misterios. Por eso antes, cuando se introducía a la Misa a los catecúmenos, ellos participaban sólo hasta el Evangelio y después salían de la iglesia, porque todavía no estaban suficientemente preparados para entrar en esa dinámica de la renovación del sacrificio redentor de Cristo. Si ahora fuéramos consecuentes con esto, quizás la mayoría de las personas que asisten a la Misa tendrían que salir de la iglesia en este momento, porque no entienden lo que sucede después o lo ven muy superficialmente. No están preparados para ello.

Leeré un trozo que trae Familiaris Consortio sobre el matrimonio y la Eucaristía:

El Concilio Vaticano II ha querido poner de relieve la especial relación existente entre la Eucaristía y el matrimonio, pidiendo que habitualmente éste se celebre "dentro de la misa". Volver a encontrar y profundizar tal relación es del todo

necesario si se quiere comprender y vivir con mayor intensidad la gracia y las responsabilidades del matrimonio y de la familia cristiana.

En esto se resume lo que he querido explicar hasta este momento. Volver a encontrar y profundizar tal relación es del todo necesario, si se quiere comprender y vivir con mayor intensidad la gracia y las responsabilidades del sacramento del matrimonio y, por lo tanto, de la familia cristiana.

La Eucaristía es la fuente misma del matrimonio cristiano. En efecto, el Sacrificio eucarístico representa la Alianza de Amor de Cristo con la Iglesia en cuanto sellada con la sangre de la cruz. Y en este Sacrificio de la Nueva y Eterna Alianza, los cónyuges cristianos encuentran la raíz que brota, que figura interiormente (es decir, que configura el interior de la vida matrimonial) y vivifica desde dentro su alianza conyugal.

Tan íntima es esta relación que el Sacrificio Eucarístico configura interiormente el matrimonio, le da su sentido, le da su fuerza, es su raíz, es su fuente.

En cuanto representación del sacrificio del amor de Cristo por su Iglesia, la Eucaristía es manantial de caridad y en el don eucarístico de la caridad, la familia cristiana halla su fundamento y el alma de su comunión y de su misión.

Es un trozo extraordinariamente denso y hermoso. Como Militantes tenemos que adentrarnos en la doctrina, de lo contrario vamos a pertenecer a la masa todavía. Como militantes se nos pide subir un poco más también intelectualmente.

La alianza de amor entre los esposos encuentra en esta Alianza de Cristo y la Iglesia reactualizada en la Eucaristía, su figura interior, su misma médula, lo que debiera ser su máxima aspiración y realización.

Ambos, esposo y esposa, impulsados por el Espíritu Santo, se entregan como una sola ofrenda al Padre en Cristo Jesús, por la redención, es decir, por aquellas personas que dependen de ellos. En primer lugar por los hijos, y por todo el círculo que los rodea. Por ellos tiene que llegar la gracia redentora de Cristo a todas esas personas.

Necesitamos una comprensión más profunda de la Eucaristía, que trascienda esa comprensión deficiente, parcial, a la cual aludíamos al inicio.

Horizonte general en el cual nos adentraremos en el sacramento de la Eucaristía

El horizonte en el cual profundizaremos en la Eucaristía es la perspectiva de la santidad matrimonial basada en el sacramento del matrimonio, y con ello en la perspectiva de la armonía

entre naturaleza y gracia, de la armonía del organismo sobrenatural de vinculaciones y el organismo natural de vinculaciones. En la Eucaristía se encuentran en forma profunda, intensa, ambos organismos de vinculaciones y se entrelazan el uno al otro.

Si queremos saber cuál es el meollo del 31 de Mayo, de nuestra Misión, ¿dónde lo encontraremos más presente, más palpable? En el Matrimonio y en la Eucaristía. En ambas realidades que son tan congruentes interiormente.

Lo encontramos en la Eucaristía porque en ella nos sumergimos en la realidad superior, en Cristo, por el Espíritu Santo al Padre. La Eucaristía significa sumergirnos en esa corriente que nos lleva hacia el Padre en Cristo Jesús. En ella estamos de lleno en el mundo sobrenatural. Quien considera la Eucaristía como una asamblea, como una comunidad en la cual nos reunimos, cenamos, participamos y compartimos, tiene una visión muy parcial de la Eucaristía. Esta es una parte de la Eucaristía y no la más importante. La más importante es que esa comunidad se sumerge, por Cristo, en Cristo, con Cristo, por la fuerza del Espíritu Santo, en el centro del corazón del Padre Dios.

Vivir la Eucaristía es sumergirnos en la realidad superior de la fe, en esa realidad que sólo se toca con la fe. Y no solamente en forma estática, sino en forma dinámica, participando en el dinamismo de vida, de la vida del organismo sobrenatural. Pero todo esto se realiza en el mundo natural. Hay un sacerdote, una persona de carne y hueso, que preside la Eucaristía, que es instrumento de la gracia de Dios que puede decir "éste es mi Cuerpo". ¡Tanto se identifica la realidad sobrenatural con la realidad natural! Cristo entra en nosotros. La realidad de la redención nos compenetra y hace que esta comunidad natural, de hermanos, de familiares, de conocidos, de amigos, que se juntan para celebrar esa Misa, pase a ser la Comunión de los santos, el Cuerpo Místico de Cristo. La Celebración Eucarística es el Cuerpo Místico de Cristo que está en acción, con esas personas determinadas, que tienen estos rasgos, estas características, estos defectos; en esas personas concretas se hace realidad el Cuerpo Místico de Cristo. Si estas personas concretas no estuvieran no podríamos palpar la realidad de la Comunión de los Santos en el Espíritu Santo. Tan profundamente se compenetran. La Eucaristía es el pan, el vino y en esa realidad tan material, tan cotidiana, se hace presente la divinidad entera del Dios hecho hombre.

A medida que vayamos introduciéndonos en los pasos de la Celebración Eucarística, iremos comprendiendo hasta qué punto el orden natural y sobrenatural se entrelazan. A veces, cuando definimos la misión del 31 de Mayo decimos que es el cultivo del organismo de vinculaciones naturales y sobrenaturales. Sin embargo, falta algo esencial en esa definición: y de la mútua relación entre ambos. La misión del 31 de Mayo es vivir en el organismo humano el organismo de vínculos de amor divino; es el vivir el vínculo divino en el vínculo humano. Es la mútua relación de ambos organismos de vinculaciones.

Este es el horizonte general en el cual vamos a adentrarnos en la Celebración Eucarística.

Presupuestos para entender la Eucaristía -

¿Qué necesitamos para entender la Eucaristía? Nombraré cinco presupuestos.

1. Primer presupuesto: Delinear con toda claridad qué es la Eucaristía

La Eucaristía es la renovación sacramental del Sacrificio del Gólgota que realiza Cristo resucitado y glorioso, por la cual busca hacernos partícipes de los frutos de su Sacrificio redentor y nos invita a asociarnos a él como Iglesia co-actuante o co-oferente en su obra redentora. Es el signo eficaz, el Memorial, que hace presente ahora el Sacrificio del Gólgota; ese Sacrificio lo realiza ahora no el Cristo muerto, sino el Cristo glorioso, vencedor. Y lo renueva para hacernos partícipes a nosotros, Iglesia suya, de los frutos de su entrega. Ese Cristo Víctima, Ofrenda se hace presente para invitarnos a unir nuestra ofrenda con la suya, para que nuestra ofrenda tenga un valor redentor, para que nuestros sacrificios como personas, como matrimonio, como familia, tenga fuerza redentora como tuvo su ofrenda para todos los suyos, por todos los tiempos, para toda la humanidad.

Siempre se dice que la Eucaristía es Sacrificio y Cena. Y quizás, en cuanto Cena se ve mucho el participar, el compartir el Pan. Pero esta Cena es una cena sacrificial. Es una Cena que nos hace participar en forma íntima con el Cuerpo de Cristo que se entregó por nosotros.

Muchas veces se ha desvirtuado el carácter de la Eucaristía por las comuniones fuera de ella. Se recibe al Señor, se está con él un ratito, se hace un descanso, se hace una acción de gracias de dos o tres minutos y se parte... Esto no es lo más litúrgico. Desde el inicio, la Iglesia dejó la Eucaristía como presencia del Señor, sobre todo como viático para los enfermos. Si por alguna circunstancia especial, alguien comulga fuera de la Misa, nunca debe olvidar que recibe a Cristo, el Cuerpo de Cristo inmolado por nosotros, que quiere hacerse uno con nosotros, para que nosotros también nos inmolemos con él. Este es un lenguaje desconocido, pero expresa una realidad, el sentido real de la Eucaristía.

La Eucaristía es la renovación del Sacrificio del Gólgota. ¿Qué es el Sacrificio del Gólgota? Si tomamos las oraciones de las diversas plegarias eucarísticas, vemos que constantemente se está hablando de un Sacrificio vivo y santo, de un Sacrificio de alabanza. Se da una amplitud inmensa la palabra Sacrificio. Nosotros hemos reducido la palabra *sacrificio* prácticamente a la *renuncia*. Para nosotros sacrificio está unido a algo oneroso, que nos demanda renunciar a algo. Ciertamente es así, pero no es todo. Para comprender el significado de la ofrenda del sacrificio de Cristo, tenemos que remontarnos al sentido del sacrificio en el Antiguo Testamento.

¿Qué es el *sacrificio* en el Antiguo Testamento?

Es una acción simbólica por la cual el Pueblo de Dios ofrenda algo al Señor, a Yavé: los frutos de la tierra, la ofrenda de un animal, etc. ¿Qué significa ese sacrificio? Significa muchas cosas: adoración al Señor, reconocimiento de Yavé como el único Dios de Israel, como el Absoluto, como el Todopoderoso, como el Dueño de todo. Significa también agradecimiento, alabanza. Es un sacrificio de reconocimiento, de alabanza, de acción de gracias, de gratitud.

Es un sacrificio de petición también. Cuando el pueblo estaba en apuros, cuando tenía que librar batallas imposibles, ofrecían un sacrificio a Dios para implorar su protección, su bendición.

Cuando el pueblo sentía que había pecado, ofrecía también un sacrificio de expiación a Dios. Se quería reparar, satisfacer por esa ofensa que el pueblo o una persona habían hecho a Dios. Y se ofrecía un sacrificio.

Cuando nosotros decimos que el Sacrificio del Gólgota se repite en la Eucaristía, es también un sacrificio de alabanza, de gratitud, de reconocimiento de Dios, de petición y, sobre todo, de expiación. Ofrecemos un sacrificio; hay un signo sensible que está expresando algo interior. Por eso Dios, a través de los profetas, reclama al pueblo porque lo alaba, porque lo adora, porque le rinde culto, pero solamente con formas exteriores, y no de corazón. Y ése es un sacrificio falso. El Señor llega a decir: "No quiero oblaciones ni sacrificios sino un corazón contrito y humillado". Porque lo exterior, la ofrenda tiene que ser la expresión de un espíritu.

Teniendo esto como trasfondo, podemos decir que el Sacrificio del Gólgota es la entrega absoluta, filial, del Hijo que obedece, que alaba, que agradece, que expía ante el Padre Dios, pero que lo hace no solamente como él, persona individual, sino que en representación de todos nosotros. Lo hace como Sacerdote y Víctima que se ofrece por todos. Todo lo que otros no alaban a Dios, lo que otros no piden a Dios, el pecado que no es expiado en el mundo, Cristo lo hace por nosotros, en representación nuestra. Sin la comprensión de esto, nunca podremos entrar profundamente en la Eucaristía. Es Cristo que expresó en forma cruenta, cumbre, todo esto en su entrega al Padre en el sacrificio del Gólgota. "El se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz". El, siendo Dios, se despojó de su dignidad, de su brillo divino y se hizo uno de los nuestros, se hizo siervo, se humilló, se anonadó para hacerse obediente hasta la muerte, hasta el extremo de la cruz. Y esto por todos nosotros, en representación nuestra.

Y este sacrificio, porque Cristo es Dios y Hombre, tiene valor infinito. Porque él, en su humanidad, en su naturaleza humana nos comprende a todos nosotros y es el Primogénito de toda creatura, nos representa a todos, es la cabeza de la humanidad. Y por ser Dios, esa ofrenda filial tiene valor infinito. Ama infinitamente a Dios, le expresa una gratitud infinita, expía infinitamente por nuestros pecados. Su obediencia tapa, borra todas nuestras obediencias que desaparecen ante el brillo de su obediencia, de su ofrenda.

Este es el sentido del Sacrificio de la Misa. Es un sacrificio que posee un alma. Si decimos que es la renovación sacramental del sacrificio del Gólgota, quiere decir que Cristo mismo se hace presente bajo las formas del pan y del vino para decir al Padre Dios, una vez más, cuánto lo ama para ofrecerle toda su entrega, para pedirle perdón por todos nosotros. Ese Sacerdote que está siempre ante el Padre en el cielo intercediendo por nosotros, baja sacramentalmente a nuestro medio, para nuestro altar, para reactualizar, hacer presente, su entrega en el Gólgota, en forma incruenta, sacramental, bajo el signo del pan separado del vino consagrados, su Cuerpo separado de su Sangre. Es el Pan, su Cuerpo, que se parte, el Vino, su Sangre, que se derrama por nosotros

La Eucaristía es el Sacrificio del Gólgota, que tiene esta alma y esta plenitud, y que Cristo no quiso ofrecer solo, sino, por magnanimidad de su amor, por dignificar al hombre, quiso ofrecerlo con María que en ese momento representaba a toda la Iglesia. El valor del sacrificio de Cristo es absoluto, es infinito.

¿Por qué quiso Cristo asociar a María y asociar a la Iglesia a su Sacrificio? Porque nos amaba y todo amor dignifica. El sabía que era más valioso para nosotros ser mercedores de nuestra redención, ser cooperadores activos en esa redención. Lo que Cristo hizo en definitiva fue abrirnos el camino para que nosotros nos salváramos, para que nosotros pudiéramos expiar; para que nuestra expiación tuviera valor ante Dios. Cristo pudiera haber dicho que ya todo quedaba listo, que todo estaba perdonado y que no nos preocupásemos más... El quiso tener a María junto a sí, quiso que ella también se ofrendase. Por eso San Pablo va a decir después: "Yo completo en mi carne aquello que falta al Sacrificio de Cristo en bien de su Iglesia". Faltaba que nosotros también, libremente, pudiéramos entregar al Señor nuestra ofrenda personal para que en él tenga valor, tenga fuerza; para que nuestra petición sea efectiva, para que nuestra gratitud sea válida ante Dios. Todo lo puedo yo en Cristo.

Es un sacrificio que fue ofrecido por María en calidad de Nueva Eva o Esposa de Cristo. Este Sacrificio del Gólgota se reactualiza, se hace presente en la Celebración Eucaristía que el Señor instituyó en la Última Cena.

En la Celebración Eucarística, el sacerdote ministerial celebra la liturgia, actúa in Persona Christi, en la persona de Cristo, presidiendo la celebración para recoger nuestro sacrificio, nuestra ofrenda, para que esa entrega, esa ofrenda que la comunidad presenta en virtud de su sacerdocio bautismal, la lleve Cristo al Padre. Nosotros somos todos sacerdotes. Hay un sacerdocio ministerial que es el que faculta para una acción en la celebración de la Eucaristía, que es el pronunciar las palabras de la Consagración para que el Pan y el Vino se conviertan en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Pero hay un sacerdocio ontológico que nos une a todos; todos somos sacerdotes, todos estamos llamados, por el bautismo, a ofrecer un sacrificio, como mediadores ante Dios.

Cuando nos bautizaron nos dijeron: "tú eres miembro de Cristo Rey, Profeta, Sacerdote y Pastor. Es nuestro carácter sacerdotal, sacerdocio común de los fieles, lo que nos capacita a ser María en la Eucaristía. Ella es la diaconisa que está junto al Supremo Sacerdote, al Unico Mediador, a Cristo, pero que está co-ofreciendo con él. Nosotros, en la Eucaristía, somos Pueblo de Dios, Iglesia, Esposa de Cristo; somos María. Y esa misma entrega se María se reactualiza en nosotros, cuando participamos realmente en la Misa. Así como Cristo está allí, sacramentalmente, está también María presente, en forma espiritual, pero muy real, en nosotros.

Después de presentar las ofrendas, cuando el sacerdote dice: "Recen hermanos para que este sacrificio, *mío y de ustedes*, sea agradable a Dios Todopoderoso" y la asamblea responde: "El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, *para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia* ", se está expresando siempre que ofrecemos un sacrificio por otros.

Nosotros somos un pueblo santo, una nación santa, un pueblo sacerdotal que es producto del sacrificio de Cristo. Lo importante es que lo somos para ser luz del mundo y sal de la tierra. La Iglesia, esta comunidad privilegiada, tiene un privilegio que la obliga, en forma muy profunda, a inmolarse por el resto que no ha sido privilegiado, para merecer por la humanidad. Hay una triple realidad: Cristo y María, Cristo y nosotros, la Iglesia y el mundo.

2. Segundo presupuesto: para vivir la Eucaristía tenemos que tener conciencia de la gravedad y maldad del pecado

Muchas veces no se le da importancia al pecado; se lo toma como simplemente como un error, como un problema psicológico, como una enfermedad, como un pecado social, estructural, pero no se piensa en *mi pecado personal*. No tenemos conciencia de que ese pecado no solamente es un desorden.

Un ejemplo: cuando conducimos un auto a ciento cincuenta kilómetros por hora y chocamos y matamos a una persona, es un desorden evidente en esto. Pero no solamente un desorden sino una ofensa al Padre Dios. Cuando un niño les desobedece, hace una mala acción. ¿Pero qué más está implicado en esta acción? Les desobedeció, hirió la dependencia filial con ustedes. Y esto tiene un grado que puede ir de leve a gravísimo. Por eso hablamos de un pecado venial, leve y de un pecado mortal, grave. Cuando desobedezco a Dios en algo grave, estoy ofendiendo gravemente a Dios. Si, por ejemplo, golpeé a alguien,, estoy ofendiendo gravemente a Dios, porque él me mandó amar a mi hermano. Ya una palabra ofensiva contra el hermano, él ya no la acepta. Hay una ofensa grave a Dios.

Si nosotros no tomamos el peso de la ofensa que hay en el pecado, no entendemos para nada que haya que expiar el pecado. Si no hay necesidad de redención, no hay necesidad de redentor ni de sacrificio de expiación. Y por lo tanto, si no tenemos conciencia de pecado, no tenemos por qué participar en la Misa. Lo que sucede en la Misa es la reactualización del Sacrificio del Gólgota.

En la consagración se dice: "Este es el Cáliz de mi Sangre, sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por vosotros, por vuestros pecados". Los de ustedes y los de todo el mundo. Está muy claro que el sacrificio supone el pecado, de otro modo no tiene sentido. Por lo menos en su parte esencial de expiación.

Si nosotros que vamos a Misa no nos sentimos responsables de los pecados de los demás, nunca podremos representar a nadie. Vamos a la Misa a expiar por nuestros pecados y por los de los nuestros. Este es el sentido, Cristo actualiza su ofrenda, su sacrificio, para que yo ponga en su ofrenda, en su sacrificio, mi expiación, para que mi sacrificio sea agradable a Dios. Pero si no tenemos nada que expiar, nuestra alabanza, nuestro ofrecimiento no puede ser digno. Porque sabemos que hemos ofendido a Dios y que hay tantos hermanos nuestros que lo ofenden. Y nosotros somos responsables de esas ofensas. ¿Por qué? Porque somos un solo cuerpo. Y lo que hace un miembro del Cuerpo redundante en todo el Cuerpo, porque estamos unidos en un organismo y en ese organismo somos responsables de todos. Por de pronto, de nuestro cónyuge, de nuestros hijos. Nosotros tenemos que expiar por ellos, como Cristo; cada uno tiene que expiar por los pecados del otro, de los hijos.

Si no tenemos conciencia de pecado, de la necesidad de expiación, de la necesidad de liberarnos de su yugo, si no tenemos conciencia de que el pecado, es una ofensa a Dios Padre, que requiere una satisfacción, un perdón, una víctima expiatoria, no le tomamos el peso a la Eucaristía, no podremos participar profundamente en lo que pasa en la liturgia Eucarística. Si no hay necesidad de redención, no hay necesidad de redentor ni hay necesidad de ofrenda. No hay necesidad de renovar ese alto precio que Cristo pagó por nuestra redención.